



Parroquia Sagrado Corazón de Jesús (san Diego)
Cartagena
RECURSOS LITÚRGICOS



DOMINGO XIX DEL TIEMPO ORDINARIO. Ciclo B.

Materiales comunes para misa con adultos y con niños

LECTURAS

1ª Lectura

Lectura del primer libro de los Reyes (19,4-8)

En aquellos días, Elías continuó por el desierto una jornada de camino, y, al final, se sentó bajo una retama y se deseó la muerte: "¡Basta, Señor! ¡Quítame la vida, que yo no valgo más que mis padres!" Se echó bajo la retama y se durmió. De pronto un ángel lo tocó y le dijo: "¡Levántate, come!" Miró Elías, y vio a su cabecera un pan cocido sobre piedras y un jarro de agua. Comió, bebió y se volvió a echar. Pero el ángel del Señor le volvió a tocar y le dijo: "¡Levántate, come!, que el camino es superior a tus fuerzas." Elías se levantó, comió y bebió, y, con la fuerza de aquel alimento, caminó cuarenta días y cuarenta noches hasta el Horeb, el monte de Dios.

Palabra de Dios

Salmo responsorial: 33

Gustad y ved qué bueno es el Señor.
Gustad y ved qué bueno es el Señor.

Bendigo al Señor en todo momento,
su alabanza está siempre en mi boca;
mi alma se gloria en el Señor:
que los humildes lo escuchen y se alegren. **R.**

Proclamad conmigo la grandeza del Señor,
ensalcemos juntos su nombre.
Yo consulté al Señor, y me respondió;
me libró de todas mis ansias. **R.**

Contempladlo, y quedaréis radiantes,
vuestro rostro no se avergonzará.
Si el afligido invoca al Señor,
él lo escucha y lo salva de sus angustias. **R.**

El ángel del Señor
acampa en torno a sus fieles y los protege.
Gustad y ved qué bueno es el Señor,
dichoso el que se acoge a él. **R.**

2ª Lectura.

Lectura de la carta a los Efesios (4,30-5,2)

Hermanos: No pongáis triste al Espíritu Santo de Dios con que él os ha marcado para el día de la liberación final. Desterrad de vosotros la amargura, la ira, los enfados e insultos y toda la maldad. Sed buenos, comprensivos, perdonándoos unos a otros como Dios os perdonó en Cristo. Sed imitadores de Dios, como hijos queridos, y vivid en el amor como Cristo os amó y se entregó por nosotros a Dios como oblación y víctima de suave olor.

Palabra de Dios

EVANGELIO

Juan 6,41-51

En aquel tiempo, los judíos criticaban a Jesús porque había dicho: "Yo soy el pan bajado del cielo", y decían: "¿No es éste Jesús, el hijo de José? ¿No conocemos a su padre y a su madre? ¿Cómo dice ahora que ha bajado del cielo?" Jesús tomó la palabra y les dijo: "No critiquéis. Nadie puede venir a mí, si no lo atrae el Padre que me ha enviado. Y yo lo resucitaré el último día. Está escrito en los profetas: "Serán todos discípulos de Dios." Todo el que escucha lo que dice el Padre y aprende viene a mí. No es que nadie haya visto al Padre, a no ser el que procede de Dios: ése ha visto al Padre. Os lo aseguro: el que cree tiene vida eterna. Yo soy el pan de la vida. Vuestros padres comieron en el desierto el maná y murieron: éste es el pan que baja del cielo, para que el hombre coma de él y no muera. Yo soy el pan vivo que ha bajado del cielo; el que coma de este pan vivirá para siempre. Y el pan que yo daré es mi carne para la vida del mundo."

MONICIONES Y ACCIÓN DE GRACIAS

Monición inicial

Como cada domingo, reunidos en torno a la mesa fraterna, vamos a alimentarnos con el pan de la Palabra y de la Eucaristía. Cristo es el pan vivo que ha bajado del cielo para nutrir nuestro cuerpo y nuestro espíritu. Como seres frágiles que somos, asumimos nuestra debilidad, pero como hijos de Dios y miembros de la Iglesia, encontramos en el Señor nuestra fuerza y en los hermanos la ayuda necesaria para hacer frente a cualquier adversidad.

Monición a las lecturas

Continuamos este domingo con el discurso del pan de vida a través del cual el Señor nos quiere hacer tomar conciencia de la importancia de nutrirnos con el verdadero alimento espiritual que nos da la salvación. Conscientes de que el camino es duro y muchas veces nos asaltan las crisis, dejémonos alimentar por el pan de la Palabra y la Eucaristía para no ceder al derrotismo y no caer en la desesperanza.

Acción de gracias

*Bajo la retama caí rendido a su sombra,
al hechizo de las dudas y al encanto de los miedos.
La esperanza volaba ansiosa de horizontes,
pero en mi pecho el corazón no ansiaba más
que cerrar los ojos y morir para no tener que seguir soñando.
¡Cuanto duele soñar,
atravesar desiertos sin más alforja
que la desnuda utopía!
Consumida la llama viva del primer latido,
sólo quedan unas agónicas brasas
resignadas a morir en el abrazo de la noche.
Pero las brasas también son fuego;
fuego lento y sabio en el que hornear un pan nuevo
y endurecer la jarra de tierno barro
de la que beber el agua de la vida.
Un ángel me despierta a media noche
convirtiendo la espesa oscuridad
en un amanecer inesperado.
La esperanza regresada me reclama:
“¡Levántate! Recorre el camino imposible,
come el pan de la vida
y bebe el agua de la confianza”.
Al alzar la mirada descubro, majestuoso,
un monte santo que derrama sus laderas
hasta mis pies cansados, reclamando con la voz del viento
el encuentro retardado
por esta libertad devenida en soliloquio enloquecido.
Cambio mi retama de triste sombra
por tu desierto abierto de sed que espera.
Tú serás mi pan vivo,
yo seré la jarra modelada
por tus manos soñadoras
apretando mi ingenuo barro.
Seré en tu monte un manantial de dicha
que mana alegre y desciende presto
para calmar la sed del peregrino.
Haré brotar de fresca hierba tus laderas,
ahora desnudas de hombres y palabras.
Será tu monte santo,
el lugar de mi descanso,
una algarabía de sueños entrelazados
en un aroma de gloria y unión inquebrantable.*

ORACIÓN DE LOS FIELES (peticiones)

- ① Por todas las personas que sufren en su mente o en su espíritu. Que, recibiendo la atención necesaria, sepan enfrentar la crisis, también como una ocasión para crecer y madurar interiormente. **ROGUEMOS AL SEÑOR.**
- ② Por todas aquellas personas que han perdido la ilusión y las ganas de vivir, derrotados por tantas circunstancias tristes. Que encuentren en el Señor el ánimo que necesitan y en la Iglesia la ayuda y comprensión necesaria para superar sus dificultades. **ROGUEMOS AL SEÑOR.**
- ③ Que sepamos discernir el alimento que realmente nos ayuda, de aquel que nos hace daño, para que nuestros cuerpos y nuestras almas gocen de salud y santidad. **ROGUEMOS AL SEÑOR.**
- ④ Que la comprensión, la bondad y el perdón sean virtudes y actitudes que hagan realidad el amor a Dios y al prójimo para que nuestra fe sea una fe creíble. **ROGUEMOS AL SEÑOR.**

HOMILÍA

¿Quién no se ha sentido alguna vez como el profeta Elías en el pasaje que hoy nos ofrece la primera lectura? Derrotado, exhausto, hundido hasta desear la muerte... Pero tras el fracaso y el camino de huida que el ser humano suele emprender, Dios puede ayudarnos a forjar un nuevo camino de búsqueda. Esa es la esperanza de la humanidad: nadie que huye queda abandonado por Dios. En el fondo, toda huida no deja de ser una búsqueda inconsciente del “Horeb”, es decir, del monte en donde se produce la experiencia fundante de la fe. A veces, huir es la forma más tosca de buscar una salida. Huir no es de cobardes; la verdadera cobardía está en bajar los brazos, no levantarse tras cada caída, renunciando a toda posibilidad de que la vida nos sorprenda en cualquier esquina. Cuando todo se nos viene encima huimos como Elías, buscando, tal vez sin ser conscientes, la raíz de nuestra vida, esa experiencia que nos funda y da sentido. Puede ser el hogar materno, nuestro pueblo natal, un familiar, un amigo, una iglesia o cualquier ámbito pasado donde nuestros sueños comenzaron a hacerse realidad. Buscamos todos esos ámbitos más como refugio que como solución, aunque lo interesante de esa búsqueda es el hecho de ponerse en camino. Esta dinámica activa es la que finalmente nos dispone a encontrarnos con el Espíritu de Dios que nos nutre y reorienta en la dirección correcta.

El fracaso no es más que un espejo que nos muestra lo que somos realmente. Cuando somos jóvenes solemos pensar que seremos mejores que las generaciones que nos precedieron. El tiempo se encarga de hacernos descubrir la prepotencia y el orgullo que nos llevó a pretender vivir sin atender a nuestras fuerzas y límites. Ante esta realidad aplastante nos damos cuenta con amargura que tarde o temprano no hacemos más que repetir los mismos errores que nuestros antepasados. “No valgo más que mis padres”, dirá Elías. De repente descubrimos que el camino nos supera, que nuestra vocación y sueños originales se ahogan en el cansancio, la rutina o el sinsentido.

La experiencia de desearse la muerte bajo una retama no es una especie de “eutanasia pasiva”, sino una profunda experiencia espiritual; se trata de una crisis que encierra también una nueva oportunidad, porque, aunque renunciemos a toda esperanza, Dios sigue confiando en nosotros. En eso consiste la verdadera fe; no en creer, sino en caer en la cuenta de que somos creídos. Dios no engaña a Elías como no nos engaña a nosotros. El camino, ciertamente, nos supera y por ello hemos de contar con una ayuda que va más allá de lo terrenal: la ayuda de la fe y de un alimento eterno que sólo podemos recibir de Dios.

¿Cuántos ángeles nos han despertado de nuestros sueños frustrados a lo largo de nuestra vida? ¿Cuántas personas se convierten en esos ángeles que a nuestro lado tiran de nosotros en los momentos más duros y nos hacen seguir caminando?

Con las brasas de lo que fue nuestra ardiente hoguera, Dios nos prepara un pan nuevo. Esas brasas tal vez sean los rescoldos de nuestra vocación o de los juveniles ideales románticos. Así, de la misma forma que Moisés dio a su pueblo el Maná en el desierto e hizo brotar agua de una roca, Elías también experimenta un “milagro” parecido: come el pan de Dios y bebe el agua que le han preparado en una jarra de barro. Dos veces es invitado a ponerse en pie; ahí está el reto, porque como hemos dicho, huir es una manera de buscar, aunque no sea la forma correcta. El verdadero error está en detenerse y renunciar a levantarse. Por eso Dios insiste en que Elías deje esa actitud pasiva, coma, beba y siga caminando, aunque todavía quede un largo trecho.

Es preciso recordar que sentir ganas de renunciar, más que un problema moral es una tentación de índole espiritual. Incluso para el que detiene su camino, la salvación le sigue esperando. Esta es la experiencia de Elías, que opta por refugiarse bajo la retama, a la sombra de sus dudas y miedos, deseándose la muerte. También en este aparente fracaso hay un camino de salida. No hay experiencia humana, por dramática que sea, que esté exenta de una llamada a la vida. Dios nos llama incluso en el momento de la muerte; el pecado, por tanto, no está en caer, sino en no querer levantarse las veces que haga falta.

Ahora bien, con levantarse no todo queda solucionado. Entre Elías y el Horeb hay un abismo de 40 días. Este número expresa al mismo tiempo la dura experiencia de la liberación y la esperanza por la que caminar hasta el horizonte. Es Dios quien tira de nosotros, quien nos atrae como nos enseña Jesús en el evangelio. El alimento para el camino no es humano, sino divino. En realidad, Cristo es ese alimento; la “atracción” de Dios, la fuerza que nos nutre para poder caminar. No se trata de algo simbólico; Cristo existe realmente, forma parte de nuestra historia, tiene una raza, habla una lengua y su carne es materia traspasada por la eternidad de Dios. Cristo es el pan de Dios, el pan vivo bajado del cielo. Cristo es también el agua de la vida que necesitamos para peregrinar por los caminos de este mundo. Con ese alimento estamos invitados a superar la tentación de quedarnos paralizados, renunciando a nuestros sueños dinamizados por una utopía divina. No lo hizo Abraham, Moisés o Elías; no lo hicieron los profetas, los mártires ni los santos, como tampoco lo debemos hacer nosotros.

Hemos de sumarnos así a esa multitud incontable que, superando toda dificultad, se levanta tras el fracaso y huye de las falsas protecciones de este mundo (la sombra de la retama, un árbol pequeño) optando por la sequedad de los 40 días (o años) de desierto en busca del Horeb, el monte de Dios, el lugar del encuentro definitivo.

A veces hay que comer sin ganas; no dejar que el apetito nos dicte los tiempos ni que los sentimientos nos tiranicen con sus caprichos. Comer sin gana o dejar de hacerlo con ella es una manera de demostrar a Dios (y a nosotros mismos) que nuestra vida únicamente está pendiente de él. A veces hay que perdonar también sin ganas, incluso sin verle el sentido a ese gesto de generosidad, porque nuestros prójimos seguramente no se lo merecen, como nosotros no nos merecemos tampoco la confianza que Dios nos tiene. Todos estamos llamados a recorrer este camino de “locura”, a vivir este perdón regalado a espuertas y asentado sobre el sacrificio de la propia vida, la abnegación y la confianza ciega en la justicia y en el amor, aunque nos cueste la persecución o la indiferencia de los demás.

No pongamos triste al Espíritu y optemos por el camino del desierto, superando toda tentación de renuncia. Sigamos creyendo con la fe que Dios tiene depositada en nosotros; sólo entonces, ante las decepciones personales y eclesiales, junto con las lágrimas de los fracasos, se abrirá paso un arco iris de esperanza, una confianza firme y tenaz en la humanidad, en nuestra comunidad y aún en nosotros mismos.